

Los *Retornos* reviven casi toda la existencia de Alberti hasta su destierro en América. Revive su niñez en El Puerto, recuerda a su familia antes de la guerra. La música, a veces, ayuda a evocar tales recuerdos, como —por ejemplo— en «Retornos de Chopin a través de unas manos ya idas», poema dedicado a su madre. Por él conocemos el nombre de todos sus hermanos, a los cuales Rafael se siente unido nuevamente por la pena, por el amor y por el mar.

El único modo de regreso es, para Alberti, la evocación, aunque ésta sólo pueda darse en un futuro soñado, en un día por venir aún:

Retornos de un día de retornos

Algún día quizás, seguramente, alguien
(alguien a quien siquiera pueda ofrecer tal nombre)
se acordará de mí pensándome tan lejos
y dirá lo que yo, si hubiese retornado.

Aquí estás, ya has venido, con más noche en la frente.
Llegas de caminante, de romero a tu patria.
Los lugares que hiciste, las horas que creaste,
pasados todavía de tu luz y tu sombra,
salen a recibirte.

¿Qué tienes?, te pregunta primero la azotea
de la que miraste tantas veces morirte
con la noche las piedras del Escorial, las cumbres
rodadas de otros nombres,
otras nieves y ocultas ramas que te habitaron.

Algo quisieras tú decirte al verte, pero
sabes bien que el arroyo
que corre por tu voz nunca ha de repetirse,
que a tu imagen pasada no altera la presente.

Entra, sé el visitante de tus propias alcobas,
el viajero lejano de tus mismos salones,
el huésped melancólico, errabundo de tu casa.

...

El poema termina con la certeza de que el único consuelo que le resta a este «peregrino en su patria» es perderse invisible por sus vivos retornos. Tal soñada reviviscencia deja en el alma una estela de desconuelo. Posiblemente, el miedo de no regresar nunca a su país ha creado en el poeta esta ensoñación de un retorno frustrado, aunque alucinante. Por eso dice en otro poema —reconociendo la fugacidad del tiempo— que debería gritar «valientemente» que quisiera morirte.

Pese al consuelo-desconsuelo ofrecido por las evocaciones de su memoria, Alberti sigue sufriendo la soledad que le impone el exilio. La reviviscencia fracasa muchas veces. Los «Retornos del amor», sin embargo, parece que rescatan la alegría de su juventud:

Sobre mí derramaste tus cabellos
y ascendí al sol y vi que eran la aurora
cubriendo un alto mar de primavera.

Pero el alivio que le proporcionan sus recuerdos eróticos es sólo momentáneo o pasajero: atormentan también al desterrado porque subrayan el desequilibrio entre el pasado y su vida actual. Confiesa:

Yo no puedo dormir. ¡Cuántas auroras,
oscuras, braceando en las tinieblas,
sin encontrarte, amor! ¡Cuántos amargos
golpes de sal, sin ti, contra mi boca!
¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Dime, amor mío.
¿Me escuchas? ¿No me sientes
llegar con una lágrima llamándote,
por encima del mar, en esta noche?

El amor iba a ser lo que no fue. Iba a ser dichoso, ardiente en la paz, pero llegó la guerra y la dicha paradisiaca no pudo lograrse. Mas todavía se salva —soñada— en el recuerdo reminisciente. Y he aquí unos versos hermosísimos en que el amor sobrevive en los dos planos temporales del pasado y del presente:

Retornos del amor en los vividos paisajes

Creemos, amor mío, que aquellos paisajes
se quedaron dormidos o muertos con nosotros
en la edad, en el día en que los habitamos;

...

Pero basta el más leve palpitar de una hoja,
una estrella borrada que respira de pronto
para vernos los mismos alegres que llenamos
los lugares que juntos nos tuvieron.

Y así despiertas hoy, mi amor, a mi costado,
entre los groselleros y las fresas ocultas
al amparo del firme corazón de los bosques.

La memoria reconstruye en el aquí y el hoy la dicha que, sin el recuerdo, se hubiera perdido y muerto. La nostalgia erótica suaviza la angustia del desterrado. Muchos son los poemas de índole amorosa que contienen los *Retornos*: «Retorno del amor tal como era», «Retorno del amor ante las antiguas deidades», «Retornos del amor en los antiguos callejones», «Retornos del amor en sombra», etcétera.

Antes —al escribir *Entre el clavel y la espada*—, el amor había cantado en el «Diálogo entre Venus y Priapo»: «¡Amor! La noche se desvae./ Nos baña el mar. ¡Oh, luz! El mundo canta».

6. Los poetas y la poesía

Rafael Alberti incluye en sus nostalgias de exiliado a poetas dilectos. Algunos fueron amigos suyos. Compartió ideales con otros, y a éstos les escribe su «Carta abierta a los poetas, pintores, escritores... de la España Peregrina» (en *Signos del día*), pensando que la voz del poeta —con «su pluma delatora»— es rauda «lo mismo que una

ametralladora»; que «un verso es un disparo»... Al final, invita a los poetas a trabajar sin descanso, esperando el día de la libertad hispana:

¡oh errantes de la patria, oh del alba cercanos,
la conciencia sin sombra, trabajemos, hermanos!

«De los álamos y de los sauces» —parte quinta de *Entre el clavel y la espada*— fue compuesta «en recuerdo de Antonio Machado». Escribe estos poemas en El Totoral, en la Córdoba argentina, pero hay en ellos recuerdos de álamos machadianos, evocaciones españolas teñidas de pena y duelo :

Veo en los álamos, veo,
temblando, sombras de duelo.

Una a una, hojas de sangre.
Ya no podréis ampararme.

Negros álamos transidos.
¡Qué oscuro caer de amigos!

Vidas que van y no vienen.
¡Ay, álamos de la muerte!

La tercera parte de *Pleamar* está integrada por la «Égloga fúnebre a Miguel Hernández». En ella hablan cuatro voces: la de Antonio Machado, la de García Lorca, la del joven poeta oriolano y la de un toro (que es España). En sordina, también se oye la de Alberti. La vida y la poesía de aquellos poetas quedan claramente aludidas en estos versos, a la par eglógicos y elegíacos. Al fin, sentimos la lenta agonía en impresionantes versos, desnudos y sencillos:

Toro de locura y aire.
¿Es que no tengo ya mi sangre?

Toro de martirio y sueño.
¿Es que no tengo ya mi cuerpo?

Toro de silencio y alma.
¿Es que no tengo ya esperanza?

Toro de muerte y abandono.
¿Es que no tengo ya mi toro?

En la tercera parte de los *Retornos*, hay dedicado uno de ellos a Federico García Lorca, «un poeta asesinado», a quien ruega que retorne por el sueño para contestar a sus preguntas acuciantes. Incluye también los «Retornos de la invariable poesía»:

¡Oh poesía hermosa, fuerte y dulce,
mi solo mar al fin, que siempre vuelve!

Sólo ella no puede abandonarle, pues es lo que le queda, lo que tuvo desde que abrió los ojos a la luz, sin comprenderlo:

Fiel en la dicha, fiel en la desgracia,
de tu mano en la paz,
y en el estruendo triste
de la sangre y la guerra, de tu mano.

Es su hermana de verdad, su compañera, con él desterrada, golpeada, alabada y perseguida:

en la vacilación, firme, segura,
en la firmeza, animadora, alegre,
buena en el odio necesario, buena
y hasta feliz en la melancolía!

...

Porque por ti yo he sido, yo soy música,
ritmo veloz, cadencia lenta, brisa
de los juncos, vocablo de la mar, estribillo
de las simples cigarras populares.
Porque por ti soy tú y seré por ti sólo
lo que fuiste y serás para siempre en el tiempo.

Los *Retornos* concluyen con uno dedicado a Vicente Aleixandre:

tú me llegas,
nuevo otra vez, reverdecido y joven,
como si tantos años sucedidos
hubieran sido únicamente un día,
sólo un día sin sombras.

A Rafael Alberti le interesan y le preocupan los jóvenes poetas andaluces que viven en España, primordialmente porque son «sus hijos figurados, herederos de la poética de su generación». Escribe para ellos su «Balada para los poetas andaluces de hoy»:

¿Qué cantan los poetas andaluces ahora?
¿Qué miran los poetas andaluces ahora?
¿Qué sienten los poetas andaluces ahora?

Cantan con voz de hombre, ¿pero dónde los hombres?
Con ojos de hombres miran, ¿pero dónde los hombres?
Con pecho de hombre sienten, ¿pero dónde los hombres?

Cantan, y cuando cantan parece que están solos.
Miran, y cuando miran parece que están solos.
Sienten, y cuando sienten parece que están solos.

¿Es que ya Andalucía se ha quedado sin nadie?
¿Es que acaso en los montes andaluces no hay nadie?
¿Que en los mares y campos andaluces no hay nadie?

Al final, les dice que canten alto, que les oirán otros oídos; que miren alto:

Veréis que miran otros ojos.
Latid alto. Sabréis que palpita otra sangre.

No es más hondo el poeta que su oscuro subsuelo
encerrado. Su canto asciende a más profundo
cuando, abierto en el aire, ya es de todos los hombres.

Es el maestro que —desde la distancia— habla a los que empiezan y buscan voz y camino, libertad y esperanza, en el páramo de España. Les anima a escribir y cantar para los demás, enseñándoles su lección de la «otredad».

Final

Rafael Alberti —en su largo exilio— escribe una poesía en la que dominan la tristeza y la nostalgia, unidas a la melancolía y al dolor de la añoranza. Pero siempre se manifiesta vivaz y jugosa, con relámpagos de alegría corporal y anímica ante la presencia de América y la solidaridad de hombres y pueblos. Poesía no exenta de chispazos airados al evocar la trágica historia de España y las injusticias sociales, el odio de la represión política. Pero la ira —pocas veces— la mancha con imágenes coléricas y vocablos cacosemánticos. Poesía exigente, íntegra y total, renovándose siempre. Poesía épica y lírica, con profundos tonos elegíacos y, algunas veces, seriamente cantable.

Esperanza y desesperanza coexisten en poemas y libros. El poeta descubre —desde su poesía— al pintor que fue y exalta a los genios de la Pintura. Los *Retornos*, con sus reviviscencias del pasado, son un parcial consuelo y asilo para su corazón exiliado de hombre y de poeta que, día a día, deseó y soñó el regreso a su patria española, a su tierra andaluza y a su mar gaditana, después de rodar por el mundo con su mensaje poético y su amor solidario para todos los pueblos. Fructífero exilio el de Rafael Alberti para la gran poesía de España, por haberla afirmado universalmente con su fuerza creadora, su humanidad profunda y su altísima belleza.

Concha Zardoya



X



Antonio Gades baila para Alberti en una calle de Roma

Z



Maria Teresa y Rafael con Luis Miguel Dominguín, Lucía Bosé, Aitana Alberti y Antonio D. Olano